

## MUSSOLINI: UNA BIOGRAFÍA DEL FASCISMO \*

### 1. *A la creación de un personaje*

En los últimos meses de 1911, el gobierno de Gioletti, impulsado por los distintos grupos nacionalistas que por entonces germinan en Italia, se lanza a la guerra de Libia en el deseo de colmar mínimas aspiraciones imperialistas. La Federación Socialista de Forli, en desacuerdo con esta política, libra contra el gobierno una tremenda batalla. Durante tres días, el proletariado de Forli, que había proclamado la huelga general, se apodera de la situación en la ciudad: se destruyen las comunicaciones telegráficas, se asalta la estación del ferrocarril para bloquear las expediciones militares, se levantan barricadas..., etcétera. Al frente de todas estas acciones revolucionarias, y asumiendo el doble papel de instigador y de guía, aparece el director de un periódico local, “La Lotta di Classe”, llamado Benito Mussolini. Es un joven y brillante periodista que, ante todo, intenta llamar la atención por su desmesurado radicalismo. En sus artículos hace la apología de los terroristas rusos y de los regicidas. En la calle arenga frenéticamente a las masas. Cuando tiene conocimiento de la ejecución del anarquista español Francisco Ferrer se coloca al frente de una manifestación compacta y enloquecida que apedrea el palacio arzobispal y derrumba de su pedestal una imagen de la Virgen. En cierto modo, si bien pasajeramente, los acontecimientos de Forli, con motivo de la guerra de Libia, han satisfecho sus aspiraciones revolucionarias. En este sentido, escribe con orgullo en las columnas de su periódico: “Nosotros hemos sido los primeros que hemos familiarizado a los trabajadores con el arma del sabotaje. Con un poco más de propaganda eficaz, las masas serán capaces de grandes heroísmos y de sacrificios fecundos.”

Pero su acción conoce también el lado amargo de la condena. Dominado el momento revolucionario por el gobierno, sus jefes e instigadores son detenidos, juzgados y encarcelados. Mussolini y Nenni, como principales protagonistas, pasan de este modo a correr

\* Publicada en *Los protagonistas de la historia*, número 37, s. f., Madrid.

un destino común. Se trata del comienzo idéntico de dos carreras políticas que luego, con el paso de los años, terminarían siendo contrapuestas. Si para Nenni —futuro jefe del partido socialista— esta primera detención fue la partida de una singladura de aspiraciones frustradas que se perpetuarían después durante más de cuarenta años, para Mussolini representó, ante todo, una gran posibilidad personal. La detención no le proporcionaba, ciertamente, ventura, pero, a cambio, sí le otorgaba generosamente popularidad y prestigio. Por vez primera, su nombre circularía en toda Italia, lo que a una personalidad como la suya le bastaría para sentirse satisfecho. Por eso, cuando le arrestan, no se inmuta; al contrario, mientras la policía le coloca las esposas, se limita a comentar displicentemente: “Por fin podré acabar mi libro sobre Juan Huss.” Y en el juicio no dejará pasar la oportunidad para hacer una declaración grandilocuente de héroe antiguo. Dirigiéndose a los miembros del tribunal, exclamaba: “Pues bien, yo os digo, señores del tribunal, que si me absolvéis me concederéis el placer de volver a mi trabajo, a la sociedad. Pero si me condenáis, me otorgaréis un honor, porque os encontraréis en presencia no de un malhechor, de un delincuente vulgar, sino de un defensor de ideas, de un agitador de conciencias, de un luchador por una fe, que está ante vosotros porque posee los presentimientos del porvenir y la enorme fuerza de la verdad.”

Condenado a seis meses de prisión, pasa efectivamente una parte de su tiempo en la cárcel redactando el ensayo sobre Juan Huss. Pero, sobre todo, a lo que se dedica es a escribir su propia biografía, a componer su imagen. Con ello, la exorbitante y retórica declaración ante el Tribunal que le juzgó, nos aparece en su justa dimensión, como un simple gesto. Más que sus ideas, su fe o su verdad políticas, lo que le importa es su persona, o más precisamente, la creación de su propio personaje.

## 2. *Un hogar pobre, una patria infeliz*

Mussolini comienza su *Autobiografía* con las siguientes palabras: “Nací el 29 de julio de 1883 en Varano de los Costa, antiguo caserío situado en una pequeña colina de Dovia, aldea perteneciente al municipio de Predappio. Vine al mundo un domingo, a las dos de la tarde. Mis padres se llamaban Alejandro Mussolini y Rosa Maltoni. Mi padre había nacido en 1856 en la casa denominada Colina, de la parroquia Montemayor del municipio de Predappio. Fue hijo de Luis Mussolini, un pequeño propietario que se arrui-

naría después... Mi padre pasó los primeros años de su niñez en la casa paterna. No fue a la escuela. Cuando apenas tenía diez años, le enviaron al pueblo vecino de Dovadola para que aprendiera el oficio de herrero. De Dovadola se trasladó después a Meldola, donde aprendió, entre 1875 y 1880, las ideas de los internacionalistas. Posteriormente, conocedor ya de su oficio, montó una fragua en Dovia, donde comenzó a trabajar y a difundir las ideas de la Internacional. Fundó un grupo numeroso que terminó disuelto por la policía. Tenía veintiséis años cuando conoció a mi madre, quien había nacido en San Martino in Strada, a tres kilómetros de Forli, en 1859. Era hija de Maltoni, veterinario empírico, y de Ghetti Marianna... Mi madre pudo asistir a las escuelas de Forli, realizó un examen de madurez y obtuvo el título de maestra del grado inferior. Ejerció primero en Bocconi, correspondiente al municipio de Portico, y después se trasladó a Dovia, donde, hacia 1880, conoció a mi padre. Se amaron y se casaron en 1882."

No oculta Mussolini en este primer relato su condición humilde. Sería después, cuando, ocupando el poder como duce de la Italia fascista, los biógrafos oficiales —Betramelli, Sarfatti, De Bagnac, etcétera— pretenden encontrar antepasados nobles en su familia remontándose hasta el siglo XIII, y cuando él mismo, en los Coloquios de Ludwig y en la biografía que su hermano Arnaldo escribió en 1928 para los anglosajones, revisada por el propio Mussolini, se ve tentado por encontrar personajes notables en su ascendencia. Por el momento se sabe hijo de un hogar pobre, donde el trabajo del padre como herrero y de la madre como maestra rural apenas dan para satisfacer las necesidades más elementales. "Nuestra comida —escribe— solía consistir en una menestra de verdura a mediodía y en un plato de legumbres por la noche. Sólo los domingos la mesa se enriquecía con medio kilo de carne para el caldo."

La familia Mussolini es una de tantas familias romañolas, y en definitiva italianas, producto de la situación general de un país que se está fraguando y que no tiene estabilidad política, ni económica, ni social.

Cuando nace Mussolini, hace poco más de veinte años que se ha forjado formalmente el Estado italiano (ley de 17 de marzo de 1861). No existe aún conciencia plena de unidad nacional y los resabios y diferencias regionalistas aparecen por doquier. A las tensiones de orden material y psicológico entre las distintas regiones habría que añadir la oposición a la Italia unida de una parte del

clero, derivada de la vieja cuestión del Estado pontificio. Por otro lado, la gran apatía política de las masas analfabetas y un sistema de sufragio que no alcanzaba al 10% de la población, eran otros tantos elementos que restaban solidez al sistema político y a los sentimientos nacionalistas.

Es bien cierto que el librecambismo practicado por la clase dirigente italiana, a partir de Cavour, al favorecer la penetración del capital francés y británico, contribuyó poderosamente al desarrollo industrial. El proceso industrial, centrado en un principio en el sector textil, seda y algodón, inicia un espectacular despegue en la industria metalúrgica, mecánica y química. Surgen las grandes empresas Ansaldo, Franco Tosi, Breda, Altos Hornos de la Terni, Fiat... Sin embargo, los desequilibrios y tensiones sociales no desaparecen por ello. El crecimiento espectacular de la producción agrícola e industrial no se vio acompañado por la correlativa ascensión en los salarios. Las masas seguían viviendo miserablemente. Lo que motivó que los últimos años del siglo fueran extraordinariamente convulsivos. Como medio de canalizar la protesta proletaria aparecen los partidos de izquierda, que reclutan simpatías, sobre todo, en las ciudades del norte. En el sur toma entonces por vez primera significación en la vida política la palabra "Fascio". En 1892 se constituyen en Sicilia los "Fascios de trabajadores", reivindicando, en una lucha impetuosa y espontánea, el reparto de las tierras y la abolición de los latifundios. No obstante, las fuerzas conservadoras del país han sabido encontrar al hombre adecuado para mantener el orden y el control político. Se trata del siciliano Crispi, garibaldino en su juventud, pero que ahora, al frente del gobierno, sabe dar, con su autoritarismo, tranquilidad y seguridad en una situación realmente difícil.

Otro factor a tener en cuenta sería el considerable aumento de la población. De 1871 a 1914, Italia aumenta en más de once millones de habitantes. Lo que obliga, como solución a la privación y a la miseria en un país pobre y sin excesivos recursos, a la práctica sistemática de la emigración. Alrededor de cuatrocientos mil italianos por año se ven obligados a abandonar el país. En parte para paliar este mal, en parte también por razones de prestigio internacional, se intentan empresas coloniales, como la de Abisinia, donde se pretendía colocar a hombres que, de otro modo, quedaban abandonados a su propia y triste suerte migratoria, normalmente en América. Pero las campañas coloniales, cuando no resultaron desas-

trosas —la derrota de Adua de 1896 es un paradigma—, no ofrecieron tampoco solución definitiva alguna.

### 3. *Los primeros años*

El padre de Mussolini desarrolla en Predappio una gran actividad política. En cierto modo resume en él toda la vida del socialismo local. Realiza mítines, escribe artículos en “La Reivindicación”, “El Sol del Porvenir”, “La Lucha”, “El Pensamiento Romañolo.” Como es obvio, es el suyo un socialismo elemental, a través del cual encarna la protesta contra el orden de cosas que le toca vivir. Pero es también un socialismo pasional, casi religioso. Cuando nace su primer hijo, honra la memoria de sus ídolos revolucionarios, escogiendo para él los nombres de Benito (en homenaje a Benito Juárez, héroe de la independencia mexicana) y Amilcare y Andrea (en recuerdo de dos dirigentes del socialismo italiano, Amilcare Cipriani y Andrea Costa). Su actividad política le obliga, en ocasiones a abandonar la fragua y las preocupaciones familiares, que recaen sobre su mujer, Rosa Maltoni, quien con sus ingresos como maestra tiene que procurar los medios para hacer cuadrar el balance familiar. Por otro lado, es Rosa Maltoni quien se encarga de enseñar a su hijo las primeras letras y quien le inculca sentimientos religiosos, intentando cotrarrestar así el espíritu anticlerical propio del padre. Mientras tanto, Benito crece — en esto están de acuerdo todos sus biógrafos— siendo un niño díscolo, voluntarioso, soberbio, que quizá se venga en sus luchas y provocaciones constantes del ambiente sórdido en que vive, condicionado por la escasez económica de la familia. “Era un golfillo — escribe de sí mismo— violento y duro. Muchas veces volvía a casa con la cabeza partida de una pedrada, pero sabía vengarme. Era un audaz ladrón campesino y como jefe de una banda de rateros arrastraba en mis fechorías a bastantes niños.” Y es precisamente su carácter rebelde lo que hace pensar a los padres en la necesidad de llevarle a un colegio.

En septiembre de 1892, cuando tenía nueve años, Benito ingresa como alumno interno en el colegio de los salesianos de Faenza. Las dificultades económicas familiares para pagar la pensión, y su mal comportamiento —un día arrojó un tintero a un profesor, otro hirió a un alumno con un cortaplumas—, hicieron que en Faenza permaneciera solamente durante dos cursos. En octubre de 1894 fue matriculado en el colegio José Carducci, de Forlimpopoli. Se trataba de un instituto laico, más en consonancia con los deseos del

padre, regido por Valfredo Carducci, hermano del célebre poeta. En Forlimpopoli vivió, salvo los naturales paréntesis de vacaciones, de 1894 a 1901. Allí realizó los estudios correspondientes a la Escuela Normal, obteniendo el 8 de julio de 1901 el título de maestro. Por esta época, la economía familiar se había en cierto modo saneado a consecuencia de una herencia recibida por la madre, y que se presume en diez mil liras. Constituye sin duda la etapa más importante de la vida de Mussolini, por cuanto en ella comienzan ya a delatarse los rasgos más típicos que definirían su carácter.

Algunos de sus biógrafos presentan en estos años a un joven ansioso de conocimientos y ávido de lecturas que reacciona con indignación ante los acontecimientos de su patria. La realidad, por el contrario, es muy otra. Sin ser abiertamente un mal estudiante, no es, ni mucho menos, un estudiante ejemplar. Por dos veces fue expulsado, aunque ambas fuera luego de nuevo readmitido, del colegio José Carducci. Y en cuanto a sus preocupaciones políticas, si bien es cierto que en el año 1900 se inscribió en el partido socialista, no lo es menos que, más que las reuniones y actividades del partido, lo que realmente le importaba por aquella época era, empleando sus mismas palabras, “la música, el ritmo de movimientos, el contacto con las muchachas de cabellos perfumados y de piel transpirante de acres sudores”.

Ahora bien, si no destaca ni por sus estudios ni por su actividad política, lo que ya empieza a demostrar es una extraordinaria capacidad para el gesto, para el golpe de teatro. Mientras sus compañeros solían llevar como símbolo de sus convicciones ideológicas corbatas rojas, él, para distinguirse, usaba siempre un gran corbatón negro. Lo que no impedía que a la hora de las proclamaciones altisonantes se considerase el hombre más izquierdista y revolucionario sobre la Tierra. De por entonces data una anécdota realmente curiosa: Con motivo de la muerte de Giuseppe Verdi, Valfredo Carducci organiza en el teatro municipal de Forlimpopoli una fiesta colegial para honrar la memoria del gran músico. Mussolini toma la palabra e improvisa un discurso que nada tiene que ver con la música. Es una auténtica arenga socialista. Al día siguiente, aprovechando su condición de miembro del partido, logra que el “Avanti” —periódico socialista— dé la noticia. “Ayer tarde —dice el ‘Avanti’ de 1 de febrero de 1901—, en el teatro municipal de Forlimpopoli, el camarada estudiante Mussolini conmemoró la memoria de Verdi pronunciando un discurso muy aplaudido.” Audaz-

mente convirtió un pequeño acontecimiento estudiantil en noticia nacional. Mussolini se sentía satisfecho. aunque, de momento, fueran satisfacciones muy limitadas las que recibiera.

En julio de ese mismo año termina la carrera de maestro. Vuelve a Predappio e intenta desde allí encontrar una escuela donde ganarse la vida. Un poco porque la demanda de maestros fuera reducida, y otro poco por la fama revolucionaria del padre, el caso es que no logra que ninguno de los municipios cercanos contrate sus servicios.

Vencido por el abatimiento, se dedica a leer los opúsculos de los socialistas que componen la exigua biblioteca del padre. Escribe su primer artículo sobre la *Novela rusa*, compone poesías y manda cartas desesperadas a sus amigos de Forlimpopoli. “Francamente — escribe a Badeschi —, no sé hacia dónde volver la cabeza. No tengo nada entre manos y me veo constreñido a vegetar. Dolorosamente espero. ¿Qué cosa? El pan. ¿Vendrá pronto? No lo creo.” Sólo le quedan como escapatoria las aventuras amorosas, que si bien compensan su inacción desesperante, no dejan de proporcionarle serias pependencias. De entonces deriva también una infección luética mal curada que en más de una ocasión le colocaría después en tesituras difíciles.

Afortunadamente, en febrero de 1902 consigue que el municipio de Gualtieri (Reggio Emilia) le reclame como maestro con la exigua dotación de 56 liras al mes. En Gualtieri permanece hasta el mes de julio. Manda algún artículo al periódico de Prampolini, “La Justicia.” Se hace el amante de una mujer casada, hasta que, hastiado de la vida miserable, opaca y sórdida que le toca llevar, decide marchar al extranjero.

#### 4. *La experiencia suiza*

El padre de Mussolini escribió en una ocasión en el “Pensamiento Romañolo”, con motivo de una expedición de emigrantes al Brasil: “Se nos van unos compatriotas en busca del trozo de pan que la tercera Italia, la Italia burguesa, niega a los pobres trabajadores”. Es ahora su hijo quien, sintiéndose también mártir de esa “Italia burguesa y vergonzante”, busca los caminos del exilio, instalándose en Lausana como un trabajador manual más. Tiene diecinueve años y acaba de llegar a un país en el que se dan cita los revolucionarios de todo el mundo. En Suiza residen los marxistas rusos perseguidos por la policía zarista: Plechanov, Axelrod, Vera Zassulic. Y de Gi-

nebra parte hacia Rusia los paquetes de “Iskra” (“La Chispa”), el periódico inspirado por Lenin.

Después de una etapa difícil en la que pasa hambre y trabaja en los oficios más duros —fue albañil bastante tiempo—, reconoce a la revolucionaria rusa Angélica Balabanoff, quien le libera de un vagabundaje solitario, de una bohemia desordenada y frenética.

Comienza a frecuentar entonces los ambientes intelectuales. Asiste a clases en la Universidad de Lausana. Aprende el francés y el alemán. Lee a Nietzsche, Stirner, Blanqui, Schopenhauer, con Angélica Balabanoff traduce del alemán el opúsculo de Kautsky. *Am Tage nach der soziale Revolution*, y del francés *Les paroles d'un revolté*, de Kropotkin.

Mientras tanto, su resentimiento y desesperación aumentan. Odia a la sociedad y se odia a sí mismo. “Una gran melancolía me invade —escribe—, y en las orillas del Lemán no puedo por menos de preguntarme si vale la pena vivir un día más.” Su protesta contra el orden constituido es la más radical y revolucionaria de todos los revolucionarios. Su anticlericalismo es tan furibundo que le lleva a polemizar con el socialista belga Vandervelde a propósito de la figura de Cristo.

Pero su teatralidad, también, es infinita. El 7 de septiembre de 1903, el pastor evangélico italiano Tagliatela habla de Dios en la casa del pueblo de Lausana. Mussolini se levanta, pide un reloj prestado y lo coloca en la mesa. Toma la palabra y dice: “Dios no existe. ¿Queréis la prueba? Doy a Dios cinco minutos para que me fulmine. Si no lo hace es que no existe.” Transcurridos los cinco minutos, en el silencio general exclama: “Como veis, Dios no existe.” Una vez más hace un gran gesto. Su deseo de distinguirse le lleva a estos razonamientos histriónicos. Pero no importa. El caso es sobresalir, distinguirse.

Y se distingue de tal manera que el día 6 de abril de 1904 es denunciado por sus actividades anarquistas y expulsado del cantón de Ginebra. Pasa a Francia. Algunos periódicos de Italia recogen la noticia, que dice: “Ginebra se ha librado del agitador socialista Mussolini”. En noviembre de 1904, aprovechando una amnistía concedida con motivo del nacimiento del príncipe heredero Humberto, Mussolini vuelve a Italia. Tiene veintiún años. La experiencia suiza le ha brindado la posibilidad de entrar en contacto con personalidades conocidas. Ha escrito artículos en periódicos extranjeros. Ha sido amante de revolucionarias y apátridas. Y en cierto

modo ha comenzado a desbrozar los caminos de la celebridad. Por el momento, la imagen del maestro rural de inexpresadas ambiciones ha desaparecido.

### 5. *Revolucionario errante*

Durante su estancia en Suiza, Mussolini fue llamado a filas para realizar el servicio militar. Su ausencia determinó la condena de un año por desertor. Al volver a Italia, aunque el delito estaba perdonado por la amnistía concedida con motivo del nacimiento del príncipe heredero, es llamado de nuevo a filas. Prestó su servicio en el décimo de cazadores de Verona, de 1904 a 1906. Según se sabe, fue un buen soldado. “¿Por qué — escribe — un buen soldado no puede ser al mismo tiempo un militante de la lucha de clases?”

Mientras cumple el servicio militar muere su madre. Su padre no tardaría mucho tiempo en contraer nuevas nupcias con Anna Guidi, viuda con cinco hijas, la más pequeña de las cuales, Raquel, terminaría siendo la esposa del hijo. Al casarse de nuevo, su padre se instala en Forlì, donde abre la fonda “Al Bersagliere”. La situación económica familiar, no obstante, no ha mejorado. Raquel, por ejemplo, trabaja como criada de servicio en una casa de Forlì.

El licenciamiento militar coloca a Mussolini, otra vez, ante una Italia difícil en la que no siempre aparece la ocasión de ganarse el pan. Por cincuenta liras al mes se ve obligado a enseñar en Tolmezzo, en Carnia, donde reanuda la antigua vida desordenada y orgiástica. Se aburre, se embriaga y retorna a las frenéticas aventuras amorosas. Después de “un año de embrutecimiento” — como dice él mismo —, marcha a Francia. En Marsella organiza a los trabajadores italianos y desarrolla una gran actividad propagandística y conspiratoria, hasta que es expulsado del país por la policía. De vuelta a Italia obtiene un diploma de lengua y literatura francesas en la Universidad de Bolonia, con el que consigue un puesto en un instituto técnico de Oneglia, donde se traslada en febrero de 1908. En Oneglia se introduce rápidamente en los ambientes socialistas y pronto empieza a sonar un nombre por sus artículos anticlericales y antirrevisionistas en “La Lima”, órgano máximo del socialismo Ligur.

A partir de 1903, el movimiento socialista toma en Italia un incremento notable. Ello se debe, en parte, a que Giolitti — jefe de gobierno — ha renunciado al terror y a la represión sistemática, asumiendo actitudes conciliadoras. En el parlamento llegan a ser

treinta y tres los diputados socialistas, y por todas partes suenan los nombres de Turati, Bissolati, Treves, Bonomi, como representantes de una política reformista. Pues bien, contra ese reformismo, y en nombre de un marxismo ortodoxo y radical, es contra lo que clama ahora Mussolini desde las columnas de “La Lima”. Sus apelaciones a la violencia y a la revolución — en las que ya aparecen claras las ideas del Jorge Sorel — son constantes.

En el verano de 1908 deja Oneglia y vuelve a Predappio. Toda la Romaña se encuentra en plena agitación agraria, y en consonancia con la situación, los periódicos socialistas le colman de honores como apóstol intransigente del proletariado. Interviene en las luchas callejeras y pasa quince días en prisión.

Cuando sale de la cárcel se dirige a Forli, donde su padre ha abierto la fonda “Al Bersagliere”. Durante algunos meses descansa de su vagabundeo de político errante. Lee, sirve a las mesas como camarero, toca el violín y se enamora de Raquel. Pero la vida plácida y tranquila es incompatible con su espíritu aventurero y se decide a partir de nuevo.

La meta ahora es Trento, que aún forma parte del Tirol. Colabora en el “Popolo” y en el “Avvenire del Lavoratore”. Su anticlericalismo le lleva a polemizar con Alcide de Gasperi, director entonces del periódico católico “El Trentino”. No muestra, sin embargo, ninguna propensión por el irredentismo. Sus artículos, recogidos en un opúsculo titulado “*El Trentino visto por un socialista*”, atacados duramente por los nacionalistas italianos, serían por ello, cuando se convirtió en duce, hechos desaparecer. Ni qué decir tiene que todos sus biógrafos oficiales ignoran siempre estos textos herético. Sin embargo, a pesar de su posición respecto a la cuestión nacional, la policía austríaca le encarcela por su participación en una manifestación de trabajadores. A los pocos días le colocan, ya era costumbre en él, en la frontera. Su nombre aparece en los periódicos una vez más.

Y una vez más busca refugio en la casa familiar de Forli, en la mugrienta y estrafalaria fonda situada enfrente de la estación, donde pasará su tiempo cortejando a Raquel. Los padres se oponen al matrimonio de sus hijos respectivos; entonces, como se podría esperar, surge inevitable el gran gesto. Benito toma una pistola, se presenta ante Alejandro y Ana y, arrojándola sobre la mesa, exclama: “Tiene seis balas, una para Raquel y cinco para mí.” Alejandro y Ana termina por acceder, y los dos jóvenes, sin casarse

civil ni eclesiásticamente, comienzan a vivir juntos, estableciéndose en Forli.

Mussolini ha renunciado definitivamente a su condición de maestro. Por 120 liras al mes hace de director, redactor y encuadernador del diario socialista local “La Lotta di Classe”, donde prosigue en su grandilocuencia revolucionaria. “El socialismo — escribe en el primer número — es quizá el drama más majestuoso que ha conmovido a la colectividad humana.” Al mismo tiempo lanza sus invectivas como corresponsal del “Avanti”, participa en mítines y manifestaciones callejeras, hasta que en 1911 se producen en Forli los acontecimientos con que comenzamos esta biografía. En el entreacto ha nacido —18 de septiembre de 1910— Edda, la futura esposa de Galeazzo Ciano y ha muerto su padre.

Benito Mussolini va a prisión por seis meses, pero es un hombre público. El desconocido maestro de Predappio, en cierto modo, pasa a ser una figura nacional.

## 6. *El triunfo y la traición*

Cuando sale de la cárcel se encuentra con una fama bien ganada de intransigente y radical que sabrá, en su momento, aprovechar oportunamente. La ocasión se la brinda el Congreso Socialista, a nivel nacional, que tiene lugar en Reggio Emilia en julio de 1912. Comparece en representación de Forli, aprovechando la aureola de haber sido encarcelado, y se convierte en terrible acusador. Ataca duramente la línea gradualista y reformista. Los jóvenes votan por él. Bissolati y Bonomi son expulsados del partido. Turati, Treves y Modigliani pierden sus puestos de dirección. Sin ninguna duda es él el gran vencedor. A los pocos meses logra obtener el nombramiento de director del “Avanti”. Abandona definitivamente Forli y se traslada a Milán con su familia. Los tiempos de privaciones y miserias han concluido. Es el 1 de diciembre de 1912, tiene veintinueve años y como colofón de una juventud tumultuosa logra, por fin, un puesto de primer plano.

La experiencia adquirida como director de “La Lotta di Clase” se dejará sentir ahora. El “Avanti” pasa, en pocos meses, de 20,000 a 100,000 lectores: se convierte en uno de los grandes diarios italianos. Mussolini ha trastocado todo: la presentación tipográfica, los títulos, el tono de los artículos, incluso el personal de la redacción. Los viejos colaboradores son expulsados, comprendida la rusa Angélica Balabanoff, que venía desempeñando el puesto de vicedirector jefe. Los tiempos de Suiza estaban ya muy lejanos.

Desde las columnas del “Avanti” se dirige a la opinión pública de toda Italia con artículos incendiarios, sintiéndose, en su tremenda vanidad personal, forjador de los destinos del socialismo. “Lo constatamos —escribe el 12 de junio de 1914— con la alegría legítima con la que el artífice contempla su creación. Si el proletariado de Italia se va formando hoy una nueva psicología, si se presenta en la escena política con una nueva individualidad, se debe —y no es pecado de orgullo el afirmarlo— a nuestro periódico.”

Nada tiene de extraño, por tanto, que cuando en el verano de 1914 se desencadene la primera gran guerra pase a ser el intérprete de los deseos pacifistas del socialismo. “Abajo la guerra”, “La guerra es la gran traición”, “Los que os arrastran a la guerra os traicionan”, son sus proclamas de los primeros momentos. Sin embargo, la opinión del país está dividida. Todos temen la guerra, pero son muchos, no obstante, los que la desean como medio de liberarse de una especie singular de complejo de inferioridad nacional. El propio jefe del gobierno, Salandra, dice ante la Cámara: “Nuestra neutralidad no deberá ser inerte y débil, sino activa y vigilante. No ha de ser una neutralidad impotente, sino fuertemente armada y dispuesta a toda eventualidad.”

No están claros los motivos que determinaron el cambio de posición mussoliniana. Lo cierto es que el pacifismo a ultranza de los primeros días se convirtió pronto en un neutralismo militante que pasaría inmediatamente a ser un belicismo total. Ya el 10 de septiembre de 1914, como si se tratara de una premonición, escribe “que sólo los locos y los muertos no cambian de idea”. Y el 18 de octubre aparece un inesperado artículo titulado: “De la neutralidad absoluta a la neutralidad activa y operante.” Su etapa intervencionista y belicista ha comenzado.

El partido socialista, que es el primer sorprendido ante el cambio de actitud, le obliga a dimitir de la dirección del “Avanti”. Parece que los años de miseria y soledad van a comenzar de nuevo. Así se lo anuncia a Raquel. Sin embargo, este pobre de solemidad encuentra el modo de fundar, solamente un mes más tarde, un nuevo periódico, “El Pueblo de Italia”, que lleva como subtítulo: “Diario socialista.”

Su estilo sigue siendo incendiario y explosivo. Continúa llamándose socialista, pero ahora es ya un ferviente defensor del militarismo y de la guerra. “En una época —escribe— de liquidación general como la presente, la propaganda antiguerrera es la propa-

## ESTUDIOS POLÍTICO-CONSTITUCIONALES

ganda de los bellacos. La realizan los curas, los jesuitas, los burgueses, los monárquicos”. Y continúa: “Es a vosotros, jóvenes de Italia, a quienes lanzo mi grito augural. El grito es una palabra que jamás habría pronunciado en tiempos normales y que, en cambio, pronuncio ahora. Es una palabra temerosa y fascinante: guerra.”

El partido se ve nuevamente sorprendido. El caso Mussolini se discute en la sección socialista de Milán en presencia del imputado, donde es recibido con los gritos de Judas y vendido. Unánimemente se decide su expulsión. Entre el tumulto logra pronunciar algunas frases que dejan en claro su capacidad de comediante. Dirigiéndose a sus antiguos correligionarios, exclama: “Me odiáis porque me amáis aún”. Y añade: “No creáis que quitándome el carnet me sustraeréis mi inquebrantable fe socialista.”

Al día siguiente, la noticia ha corrido como la pólvora. Los peiodistas se apresuran a entrevistarle. A uno de ellos declara: “Escribid: mientras tenga una pluma en la mano y un revólver en el bolsillo yo no temo a nadie. Soy fuerte a pesar de estar solo. Más aún: diré que soy fuerte precisamente porque estoy solo.”

Sin embargo, él sabe que no está solo. Tuvo, en primer lugar, el apoyo de Felipe Naldi, director del Resto del Carlino, que le proporcionó los fondos para lanzar “El Pueblo de Italia”. Por otro lado, y si admitimos la tesis de Gaetano Salvemini, recibió dinero del gobierno francés (a través de un tal Julien Luchaire), deseoso de que Italia fuera en la guerra su aliada. Pero, sobre todo, están con él los grandes grupos industriales y financieros: Ilva, Ansaldo, Termini, Banco de Roma, Banco de Descuento, etcétera, que son quienes financian las grandes campañas intervencionistas. Las fuerzas sobre las que vertió siempre su crítica severa pasan así a ser sus aliadas. Su destino toma, pues, rumbos nuevos. Se adhiere a los Fascios de acción revolucionaria, y el día 1 de enero de 1915 publica en su periódico el primer manifiesto. Las primeras campañas contra el socialismo se vislumbran ya soterradamente. “Lo inevitable — escribe — habrá de cumplirse. Las viejas fuerzas de la vida política y social de Italia caerán hechas pedazos.” Para precipitar la caída, Mussolini se lanza a una campaña ininterrumpida y violenta en favor de la guerra.

### 7. *La guerra: un balance desastroso*

En 1914, el pacto de Alianza firmado en 1882 entre Italia y los Imperios centrales (Alemania y Austria-Hungría) seguía en vigor. Por otro lado, según el Libro Amarillo, publicado al final de la Pri-

mera Guerra Mundial por el gobierno francés, Italia se había comprometido, desde comienzos de siglo, a raíz de las conversaciones Barrère y Delcassè, por una parte, y Visconti-Venosta y Prinetti, por otra, a permanecer neutral en caso de agresión a Francia. Así las cosas, la neutralidad era la única postura moralmente honesta del gobierno italiano, si es que no deseaba violar sus propios compromisos. ¿A qué se debe entonces el vehemente deseo por algunos sectores de la opinión de participar en la contienda? Dos son, básicamente, las razones que los historiadores dan a este respecto.

De una parte, los sentimientos nacionalistas de un país joven, truncados en absurdas y costosas campañas imperialistas —Abisinia y Libia—, que pretendía, de alguna manera, pasar a ser protagonista de la historia universal. Desde comienzos de siglo no faltan los literatos y aventureros que aspiran a crear un misticismo patriótico que compense el lamentable espectáculo de una Italia que se desangra en la emigración y que vegeta en la miseria. Surgen así los dramas de Corradini: “Giulio Cesare”, que exalta la leyenda de la Roma impericla, “La patria lontana” y “La guerra lontana”, que demuestran la necesidad vital de la colonización. Aparecen los “Poemi italici” (1903) y los “Poemi del risorgimento”, de Pascoli; los Laudi de D’Annunzio y los manifiestos futuristas de Marinetti, Papini, Palazzeschi, Govoni, Folgore. Ellos serían los creadores de la Asociación Nacionalista Italiana y del Movimiento Futurista para el que, según el título de un libro de Marinetti, la guerra es la única y posible higiene de saneamiento del mundo.

Por otra parte, la guerra representaba un exultorio a las dificultades políticas interiores. Desde los grandes movimientos populares de Sicilia en 1892, con la creación de los Fascios de trabajadores, la paz social había estado continuamente amenazada. Crispi, Di Rudini, el mismo Giolitti (sin duda el más liberal de todos), Salandra, tuvieron que emplearse duramente, como jefes del gobierno, para mantener el orden contra la subversión callejera. Los últimos acontecimientos notables se habían producido en Ancona. Fue la “Semana roja” de junio de 1914 que dio paso al gobierno Salandra. El Partido Socialista Italiano, creado en 1892, y el anarquismo tenían indudablemente audiencia y poder en las masas. Parece lógico que la guerra representara, efectivamente en los medios conservadores —Salandra, Albertini, el propio rey (“Debo hacer la guerra para evitar la revolución”, había declarado Víctor Manuel III)— una escapatoria.

El problema estaba en determinar de qué parte debería Italia participar en la contienda. Mientras que el estado mayor y los nacionalistas de la ANI (Asociación Nacionalista Italiana) militaban en favor de los imperios centrales, el resto de los intervencionistas, con Mussolini a la cabeza, se inclinaban en favor de la Entente. Al final sería la tesis que había de prevalecer.

En efecto, en la primavera de 1915 se entablan conversaciones con Francia, Gran Bretaña y Rusia, que concluyeron el 26 de abril con la firma del Pacto de Londres, por el cual Italia se comprometía, mediante justas compensaciones (concesión de la frontera de Brennero, Trieste, Istra, parte de la Dalmacia y de las islas, además de una “legítima compensación colonial”), a declarar la guerra a Austria en el plazo de un mes. El 2 de junio, las tropas italianas pasan el río Isonzo y penetran en el Trentino; la guerra ha comenzado.

En el entreacto, Mussolini, desde las columnas de “El Pueblo de Italia”, no cesa de proclamar su espíritu belicista, con estilo solemne y argumentos inconsistentes. “Los neutrales —escribe— jamás dominaron los acontecimientos, se tuvieron que limitar a sufrirlos. Es la sangre quien pone en movimiento la rueda sonora de la Historia.” Declarada la contienda, parte para el frente, donde se muestra como soldado audaz y temerario. Sin embargo, ni su audacia ni su temeridad son compartidas por los demás combatientes. A la euforia de los primeros días suceden los primeros desastres. Con lo que se comprueba algo ya sabido de antemano: que la nación no estaba preparada para la guerra, y que la guerra ha sido el resultado de una propaganda de audaces, pero que en el fondo no era deseada. Mussolini se levanta ya todas las máscaras y lanza los más duros ataques contra todos los pacifistas, comenzando por los socialistas: “Deben desaparecer los saboteadores —escribe— de la guerra y de nuestras energías, y si permanecen, habrá que asesinarlos.” Y en otro lugar: “No hay que dar un instante de tregua a las hienas que se preparan para el macabro festín de los cadáveres.” Su lenguaje es nítidamente claro. De sus odios tampoco se libran los católicos: “Desde hace algún tiempo —dice—, en las praderas floridas de la Arcadia pontificia pacen juntas las mansas ovejas del redil católico y los cabrones de la congregación social oficial. Benedicto XV nos propina sus encíclicas, sus discursos, sus lamentos.”

Sin embargo, a pesar de su estilo de aventurero soez, se da cuenta de que sus circunstancias personales están cambiando y de que va

llegando a la hora de sistematizar su vida conforme a los cánones burgueses. Aprovechando un permiso del frente, a consecuencia de una fiebre tifoidea, contrae matrimonio civil con Raquel. Por entonces le nace el primer hijo varón, a quien llama Victorio, “como nombre de buen augurio para la fortuna de nuestras armas”.

La guerra termina con la firma del armisticio austro-italiano el 4 de noviembre de 1918. La victoria italiana ha resultado desastrosa: 600,000 muertos y 950,000 heridos es el trágico balance de pérdidas humanas. Por otro lado, el país ha caído en la ruina económica más absoluta. Valga por todas las estadísticas el hecho de que de 1914 a 1920 la lira perdió el 80% de su valor. El paro obrero y el desconcierto social campean por todo el país. En estas circunstancias sería difícil hacer la apología de una victoria que presenta tan lamentables resultados. No obstante, Mussolini la saluda con diti-rámicos aplausos. “Es con esta victoria —escribe—, que supera todas las de los demás ejércitos, con la que Italia acaba de dar el golpe supremo a los enemigos del género humano.” La fraseología fascista comienza a aparecer.

Ahora bien, en la inmediata posguerra su posición personal es incluso difícil. Las fuerzas políticas del país se van a concentrar en dos grandes agrupaciones de masas: de un lado, en el Partido Popular Italiano (que reúne al elemento católico y que tiene una base eminentemente rural), constituido formalmente el 18 de enero de 1919 bajo los auspicios del sacerdote siciliano don Luigi Sturzo, y de otro, en el ya clásico Partido Socialista. En ninguno de los dos, como es obvio, su persona es grata. Mussolini toma conciencia de que está convirtiéndose, políticamente, en un desocupado.

## 8. *El nacimiento del fascismo*

Temeroso de su soledad, Mussolini no pierde tiempo. El 21 de marzo de 1919 congrega en Milán alrededor de 60 personas que durante la guerra han defendido la política intervencionista. En la reunión se crea el Fascio de combate milanés bajo la dirección de Mussolini, Ferruccio Vecchi y Michele Bianchi. Dos días más tarde se celebra una nueva asamblea, a la que concurren 119 personas, y entre las que cabe destacar, además de los fundadores del Fascio milanés, al poeta futurista Marinetti y al joven Roberto Farinacci, llegado expresamente de Cremona. En el orden del día está inserta la creación de los Fascios de combate para toda Italia. Mussolini

toma la palabra para presentar el programa político, que comienza del siguiente modo:

“¡Italianos! He aquí el programa nacional de un movimiento sanamente italiano. Revolucionario, puesto que es antidogmático y anti-demagógico. Poderosamente innovador, puesto que está desprovisto de apriorismos. Nosotros colocamos por encima de todos y de todo la revalorización de la guerra revolucionaria. Los demás problemas: burocracia, administración, derecho, escuelas, colonias, etcétera, los abordaremos cuando hayamos creado la clase dirigente.”

Al término de la asamblea, el programa es aprobado y suscrito por 54 personas. El fascismo ha dado su primer paso. El problema ahora estribaba en encontrar los medios para convertir esta pequeña organización en un fuerte movimiento de masas que pudiera competir y hacer frente a los clásicos partidos políticos, entre los que ya cabía contar al Partido Popular, que en pocos meses había alcanzado la cifra de 56,000 inscritos y 508 secciones, aparte de la tupida red de diarios y publicaciones católicas con que contaba. Mussolini no se arredra y se lanza a una frenética campaña publicitaria, desde las columnas de “El Pueblo de Italia”, realizando las más asombrosas piruetas doctrinales y la más burda demagogia. Por un lado, ataca al partido socialista y a don Sturzo. Por otro, se da cuenta —a pesar de sus ditirámicos cantos a la victoria— de las calamitosas consecuencias de la guerra, que ha hecho que el hambre y la desesperación recorran la geografía italiana. En estas circunstancias, su experiencia de agitador y propagandista le dice que no puede en modo alguno renunciar a la palabra revolución si quiere atraer a las masas, presentándose así, falsamente, como el gran paladín de las reivindicaciones de la clase obrera. “Es preciso comprender claramente —escribe—, creer y hacer creer que el único partido que hoy es reaccionario en Italia es el partido socialista oficial. Hostilidad, pues, al partido socialista. Por el contrario... ninguna hostilidad contra las masas trabajadoras, a las que reconocemos sus postulados y por las que estamos dispuestos a luchar.”

Sin embargo, su táctica no tiene el éxito esperado en un principio. “En dos meses —había augurado al día siguiente de su creación— serán más de mil los Fascios que aparezcan en toda Italia.” Por el contrario, los trabajadores famélicos de la industria, obedeciendo las consignas del Partido Socialista, y ante una situación irresistible después de la ruptura de las negociaciones con la

federación metalúrgica, para lograr un aumento de los salarios que les es negado por los industriales, llegan a ocupar las fábricas. La ola revolucionaria invade toda Italia. El movimiento, particularmente vigoroso en las grandes factorías de Turín y Milán, en los astilleros de Génova y de Livorno, afecta también a las industrias más pequeñas. De otra parte, en el campo se producen ocupaciones de tierras por los campesinos, a veces, y sobre todo en el Mezzogiorno, propugnadas por el propio Partido Popular. De abril de 1919 a abril de 1920 se registran 45 muertos y 444 heridos a consecuencia de las huelgas y las manifestaciones callejeras. Mussolini levanta su voz acusatoria: “De dos Vaticanos nos vienen hoy las encíclicas: del de Roma y del de Moscú. Nosotros somos los herejes de estas dos religiones. Nosotros, solamente nosotros, estamos inmunes al contagio.” Pero de momento, a pesar de su confesada inmunidad, su revolucionarismo no es, a niveles populares, atractivo.

Donde, sin embargo, es acogido con benevolencia es en los sectores nacionalistas, que normalmente tenían su clientela en una parte de la clase media y que, desde comienzos de siglo, venían propugnando una Italia grande y poderosa desde un misticismo tan grandilocuente heroico como irreal. “La Idea Nacional” —órgano de la ANI— comenta, a los pocos días de la asamblea de Milán creadora de los Fascios, “que se podía ser aliados de los fascistas en las batallas contra la destrucción nacional y sus artífices”, porque, añade, “Mussolini ha pasado del campo negativo al campo positivo”. Los nacionalistas tampoco se dejan engañar y saben que su revolucionarismo es ahora mera palabrería. Por otro lado, los grandes magnates de la industria, que crean en Milán la Confederación General de la Industria el 7 de marzo de 1920, y los terratenientes ven en el fascismo su aliado natural frente a la avalancha socialista. Mussolini, para evitar toda sospecha que pudiera provenir de su pasado aventurero y confuso, no tiene temor en proclamar que “el capitalismo —escribe— es una jerarquía, una elaboración de valores creada a través de los siglos y que hoy por hoy son insustituibles.”

A todo ello habría que añadir en su favor la brecha abierta en el sentimiento nacional a consecuencia del Tratado de Versalles. Como es sabido, las grandes promesas realizadas por los aliados al entrar en la guerra, no fueron cumplidas. Orlando y Díaz, representantes italianos, se vieron obligados a abandonar la conferencia. El tema de la “victoria mutilada” fue amplia y audazmente ex-

plotado por Mussolini y los nacionalistas. La situación adquirió su máximo dramatismo con la cuestión de Fiume.

Por un acuerdo de 16 de mayo de 1919 entre Italia y Yugoslavia, se colocó a Fiume bajo la protección de la SDN. Todo el nacionalismo italiano protestó violentamente contra él. Se trataba de “Fiume o la muerte”. Y surgió la aventura. El 12 de septiembre, el poeta D’Annunzio, que entró en la ciudad con el consentimiento y el apoyo de los militares, se dirigía a la muchedumbre congregada en la plaza en estos términos: “Yo, voluntario y combatiente de todas las armas, infante, marinero, aviador; yo, herido y mutilado de guerra, creo que interpreto el ansia profunda de toda mi nación declarando hoy, restituida para siempre, la ciudad de Fiume a la madre Italia.

Hasta el 28 de diciembre de 1920, D’Annunzio, que se había proclamado “Regente del Quarnero”, fue dueño y señor de la ciudad. Durante ese tiempo, Mussolini tiene una ocasión inmejorable para realizar un cotejo de opinión. Se da cuenta de que las fuerzas armadas miran con complacencia el gesto de D’Annunzio, y que son muchos, empezando por el duque de Aosta, cuñado del rey, los que expresan o tácitamente aplauden su conducta. Solamente el gobierno, con Nitti a la cabeza, se encuentra en una posición comprometida. Se habla de una posible marcha sobre Roma con partida en Fiume, y no se atreve a intervenir decididamente. Nitti se dirige a la nación en estos términos: “En estos momentos, Italia tiene necesidad de paz y de unión. Me dirijo, pues, a las masas anónimas, a los obreros y a los campesinos para que la gran voz del pueblo condene a todos y a todos obligue a marchar por la vía de la renuncia y del deber.” Mussolini, que desde Milán realiza frecuentes visitas a Fiume, le contesta con su clásica insolencia: “Nosotros pedimos a Saverio Nitti que se marche. Su discurso es atterradamente vil. La cólera acre y bestial de Nitti está provocada por el loco temor a los aliados.”

Se viven momentos caóticos hasta que, disuelta la asamblea, se convocan elecciones generales para el 16 de noviembre de 1919. Es la primera ocasión en la que el pueblo va a pronunciar su juicio sobre la guerra y sobre sus resultados. De un total de 6.500,000 votantes, los socialistas obtienen 1.814,593 sufragios y el partido de don Sturzo cerca de 1.200,000. Mussolini, que se ha presentado al frente de la única lista fascista de Italia, es el gran derrotado. Teatralmente se consuela con Margherita Sarfatti, al parecer su amante en turno entonces: “Vendo el periódico —dice—, lo vendo,

lo vendo. Además, no es necesario hacer siempre lo mismo. Soy periodista desde hace demasiado tiempo.” Sin embargo, ahora sabe que puede contar con el apoyo de una parte numerosa del ejército y las fuerzas de policía. Por otro lado, no ignora que, aunque el “Avanti” ha puesto como título a su éxito electoral: “Ha nacido la Italia de la revolución” el Partido Socialista sufre grandes disensiones internas. Y, como es lógico, no va a cambiar de oficio.

El otoño de 1920 marca una crisis notable en el socialismo italiano. En buena medida es cierto que son las fuerzas socialistas las que frenan el avance de la revolución. El propio director del “Corriere della Sera” reconoce el 29 de septiembre: “Italia está amenazada de muerte. Si la revolución no se ha producido, no ha sido porque haya encontrado obstáculos, sino porque la Confederación del Trabajo no la ha querido.” de aquí deriva la escisión del partido socialista ocurrida en el congreso de Liorna. El grupo de “Ordine nuovo” (Gramsci, Togliatti) funda el Partido Comunista. Por otro lado, las masas comienzan a mostrar síntomas de cansancio ante las huelgas continuas, cuyos limitados resultados no compensan sus enormes sacrificios. Es el momento que Mussolini aprovecha para pasar al ataque. “Los he conocido a todos —dice refiriéndose a los jefes socialistas— y sé muy bien que cuando se presentan como leones no son más que simples corderillos.” Y señalando sin tapujos cuál va a ser desde ahora su línea de acción, advierte: “El Fascio se llama de combate, y la palabra combate no deja dudas de ningún género.” El escuadrismo, las milicias fascistas, saltan a la palestra.

El escuadrismo nace en el Valle del Po, en Emilia, en Toscana. Pequeños grupos de gente armada que reciben de 35 a 48 liras al día (el doble de lo que gana un obrero) se reúnen en Ferrara, en Bolonia, en Florencia..., etcétera, en torno a hombres como Italo Balbo, Leandro Arpinati, Tullio Tamburii, para imponer la ley del terror y de la fuerza. Se incendian periódicos —las iras fundamentalmente van dirigidas contra el “Avanti”—, se asaltan ayuntamientos, se cometen crímenes. Una ola de subversión agita toda la península. Nitti, conservador sin ningún género de dudas, se ve obligado a proclamar ante la cámara: “Yo temo las violencias que proceden de los revolucionarios, pero existen otras violencias, de signo contrario, a las que temo más aún.”

Mientras tanto se producen las elecciones municipales de 31 de octubre y 7 de noviembre. El número de Fascios, que en julio era

de 108, sobrepasa ahora los 500. Tres grandes corrientes electorales se contraponen: la socialista, la popular y los “bloques nacionales”, a los que se suman los fascistas. Nuevamente los socialistas, que conservan 2,022 municipios —entre ellos Milán y Bolonia—, y los populares, que logran 1,613 son los triunfadores. La violencia se recrudece. En dos meses, cuatrocientas cooperativas, múltiples cámaras de trabajo y círculos socialistas son destruidos, veintinueve ayuntamientos invadidos, 68 consejos municipales disueltos, aparte de 250 muertos y numerosos heridos. Las expediciones de castigo fascistas chocan a veces con las fuerzas socialistas. La lucha se plantea en términos de guerra civil. Para evitar la catástrofe se disuelve el parlamento. Se convocan elecciones para el 15 de mayo de 1921 y Mussolini, por vez primera, es elegido diputado. Le acompañan 35 fascistas más, entre los que cabe destacar a Grandi y Farinacci.

Al día siguiente de la creación de los Fascios italianos de combate, Mussolini había escrito en “El Pueblo de Italia”: “Nosotros nos permitimos el lujo de ser aristocráticos y democráticos, conservadores y progresistas, reaccionarios y revolucionarios, legalistas e ilegalistas, según las circunstancias de tiempo, de lugar, de ambiente en las que nos vemos obligados a vivir y a obrar.” Era como decir que su programa político no era nada más que oportunismo. Y oportunista va a ser su primer discurso ante el parlamento como diputado. Las circunstancias, evidentemente, han cambiado. Ha sido elegido legalmente representante de la nación y sus intenciones ahora son hacer olvidar los medios que le han llevado a la Cámara. Sus palabras son conciliatorias hacia todos: hacia los viejos políticos liberales, hacia los católicos e incluso hacia los socialistas. Dirigiéndose a los liberales, exclama: “Es preciso reducir el Estado a su expresión puramente jurídica y política.” A los católicos les dice: “El fascismo no predica y no practica el anticlericalismo.” Sólo en relación a los socialistas su reserva es mayor: “La violencia no es para nosotros un sistema —dice—. Estamos dispuestos a desarmarnos si vosotros lo hacéis también, sobre todo los espíritus.”

Como consecuencia de esta política conciliatoria se firma el 3 de agosto, bajo la mediación y la autoridad del presidente de la Cámara, De Nicola, un pacto de pacificación entre socialistas y fascistas. Por todos los medios se intentan, de ahora en adelante, las buenas maneras. Pero el fascismo, que en el fondo sabe que su camino es la violencia callejera y no la discusión parlamentaria, critica esta nueva orientación de Mussolini. El 16 de agosto, 544

Fascios de la Emilia Romagna se reúnen en Bolonia y denuncian el pacto de pacificación. Los ataques a Mussolini son directos: “Quien ha traicionado, traicionará”, se llega a decir. Mussolini se ve obligado a dimitir del ejecutivo del movimiento, y, aunque su dimisión no es aceptada por el Comité Central de los Fascios, ha sentido soplar cerca de sí el viento de la soledad.

Su táctica será, a partir de ahora, un doble juego continuo hasta llegar a apoderarse de todo el mecanismo del Estado. Por un lado, instigará y aplaudirá la acción subversiva de sus milicias. Las escuadras fascistas son por doquier pródigas en tropelías. Los Grandi, Balbo, Arpinati, Bianchi saben emplearse a fondo. Por otro lado, se presentará a la Cámara como hombre amante de la legalidad y del orden. “Si el siglo XIX —dice— ha sido el siglo de las revoluciones, el siglo XX aparece como el siglo de las restauraciones.” Sus intenciones, como se comprende fácilmente, son de una lógica aplastante. Conoce perfectamente la debilidad de sus fuerzas, a las que sabe actuando libremente, con el consentimiento tácito de la burocracia policial, y no quiere que el gobierno, temeroso de su extremismo, dé la orden fatal que pudiera aniquilarlo. De ahí sus apelaciones continuas a la legalidad. Pero al mismo tiempo aspira al poder, a todo el poder —“nuestro único programa —escribe— es éste: queremos gobernar Italia”—, y no ignora que su posibilidad de lograrlo sólo puede proceder de la violencia. Espera que llegue el momento en que la subversión tome proporciones gigantescas, y entonces, cuando el gobierno pretenda reaccionar, sea ya demasiado tarde. Por ahora se trata de un juego recíproco en el que el fascismo se aprovecha de la pasividad de las fuerzas del orden para aumentar su potencial violento, y el gobierno se aprovecha del fascismo, que le despeja y libera de la oposición socialista, en la confianza de poder reaccionar en la ocasión oportuna. Don Sturzo es el único político de la derecha que ve con claridad el peligro y no cesa en sus denuncias antifascistas, a las que Mussolini replica con estrambóticas acusaciones: “¿No será —escribe— por casualidad don Sturzo el antipapa y un instrumento de Satanás? Existen mil síntomas que muestran con evidencia actualmente que grandes tempestades acecharán a la Iglesia si el partido popular continúa encanallado en su política materialista, tiránica y anticristiana.”

Es en estas tensiones recíprocas y en esta atmósfera enrarecida en la que el fascismo prepara la marcha sobre Roma.

## 9. *La marcha sobre Roma y la conquista del Estado*

El 7 de noviembre de 1921 se celebra en Roma el Congreso Nacional del movimiento fascista en un clima de tensiones, violencias y amenazas inesperadas. Por un lado, Grandi y Balbo precorizan, ante todo y sobre todo, la acción directa. Por otro lado, Mussolini se presenta mucho más moderado y legalista. “Prefiero —dice— que el fascismo llegue a participar en la vida del Estado a través de una saturación legal, a través de una preparación para la conquista legal.” No obstante, existe acuerdo mutuo para la creación del Partido Nacional Fascista, que en ese momento cuenta ya con 320,000 inscritos, y cuya capacidad de maniobra es realmente sorprendente. Aunque es a Miguel Bianchi a quien se elige como secretario general, quedando Mussolini relegado a la simple condición de miembro de la dirección (“en la nueva organización —confiesa el propio Mussolini— yo quiero desaparecer, porque os debéis curar de mi mal y caminar solos”), es lo cierto que por sus habilidades personales y sus dotes indiscutibles de organizador, no tardaría mucho tiempo en dominar los mecanismos del nuevo aparato que se acaba de montar. El único problema es, a partir de ahora, acelerar el proceso para llegar, definitivamente, a la conquista del Estado.

El año 1922 comienza con malos augurios para Italia. La quiebra de la Banca de Descuento, a la que acompaña el hundimiento de la Ansaldo y de la Ilva, acarrea la ruina de un buen número de pequeños inversionistas. La situación económica se hace inquietante y el gobierno no da muestras visibles de ser capaz de resolverla. Amplios sectores de las clases medias, y un buen número de representantes del gran capital, empiezan a pensar en una posible solución fascista. (El 31 de octubre, cuando ya Mussolini está en el poder, la Cofindustria confesaría con una sinceridad abrumadora “el haber ejercido una influencia directa y presente en favor de la solución de Mussolini”). Las adhesiones al recientemente fundado Partido Nacional Fascista se multiplican. Y surge un nuevo órgano: La Confederación Nacional de las Corporaciones, que en el mes de junio contaría ya con 500,000 miembros. Mientras tanto, los actos de violencia de los escuadristas continúan. Ferrara, Cremona, Rovigo, Andria, Sesti-Ponente, Pesaro, Viterbo, Alatri, Tolentino, Ancona, Novara, Rávena, Rímimi, Bologna, Milán, constituyen los principales escenarios. Conforme Mussolini había previsto, su poder ha

crecido lo suficiente como para que el gobierno ya no pueda reaccionar contra él. “Yo os confieso — dice en la Cámara — que ningún Gobierno podrá sostenerse si en su programa aparecen las ametralladoras contra los fascistas.” Y tiene razón.

Ante la impotencia gubernamental, las organizaciones de izquierda preconizan una huelga general para el 18 de julio, que resulta un fracaso absoluto. El fascismo contraataca con toda impunidad y Mussolini piensa que ha llegado el momento de comenzar a preparar la marcha sobre Roma. En este sentido, pronuncia un discurso en el mes de septiembre en Cremona, en el que afirma: “Hemos comenzado una marcha que no puede detenerse hasta que haya logrado la meta suprema: Roma.” A comienzos de octubre ya todo está decidido.

El 18 de octubre se reúnen en Bordighera, De Bono, De Vecchi, Balbo y Bianchi, que han sido designados para llevar el aspecto militar de las operaciones. Dividen Italia en 12 zonas, si bien establecen que la marcha propiamente dicha debe comenzar en tres localidades cercanas a Roma: Santa Marinella, Mentana y Tivoli. El mando supremo se establecerá en Perugia. El 24 de octubre se celebra en Nápoles un Congreso Nacional fascista al que, procedentes de toda Italia, llegan 40,000 camisas negras. Mussolini pronuncia un discurso amenazador: “Nosotros, los fascistas, no pretendemos llegar al poder por la puerta de servicio. El problema es simplemente un problema de fuerza.” Posteriormente añade: “Pero yo os digo, con toda la solemnidad que el momento impone, que, o nos dan el gobierno, o lo tomaremos cayendo sobre Roma.” Y prosigue: “Actualmente se trata de días o quizá de horas. Es necesario aferrar por la garganta a la miserable clase política dominante.”

Entre tanto, en Roma, alarmado por la gravedad del momento, se reúne el gobierno y presenta su dimisión al presidente del Consejo, facta, para que actúe libremente. Facta acude a ver al rey, quien, al parecer, le contestó en piemontés: “No nombro un nuevo gobierno mientras dure la violencia. Abandono todo y me marchó al campo con mi mujer y mi hijo.” La situación, pues, ante la evasiva real, permanece estacionaria. No obstante, el 27 de octubre comienza la movilización general de los camisas negras. Para sufragar los gastos de la empresa, De Bono, Balbo y De Vecchi firman una letra de cambio por valor de tres millones de liras. (¿Quién presta ese dinero? La tesis más aceptable parece ser la de Berneri — en “La Massoneria e il fascismo” —, según la cual fue el Gran Oriente

quien realizó en concreto esa financiación). Por todas partes aparece la proclama de la sublevación:

“¡Fascistas italianos!:

“Ha sonado la hora de la batalla decisiva... La ley marcial del fascismo entra en pleno vigor. El ejército, reserva y salvaguardia de la nación, no debe participar en la lucha. Tampoco contra los agentes de la fuerza pública marcha el fascismo.”

Con la colaboración de las autoridades militares, y sin grandes dificultades, por lo tanto, se procede a la ocupación de muchas ciudades. Arrollado por los acontecimientos, Facta, como jefe del gobierno, proclama a primera hora de la mañana del día 28 de estado de sitio y lanza un manifiesto al país que dice, entre otras cosas:

“El Gobierno, mientras fue posible, buscó todas las vías de conciliación en la esperanza de llevar la concordia a los espíritus y de asegurar la pacífica solución de la crisis. Frente a los intentos insurreccionales, y a pesar de estar dimitido, tiene el deber de mantener a toda costa el orden. Y cumplirá este deber enteramente como salvaguardia de los ciudadanos y de las libres instituciones constitucionales.”

Roma es una de las ciudades que no ha sido ocupada por los fascistas. El general Pugliese, al mando de 25,000 soldados, se ha encargado de mantener el orden. Se piensa que la situación aún puede ser dominada. Pero cuando Facta se presenta ante el rey para que, conforme a las prescripciones legales, firme el decreto del estado de sitio, se produce la gran sorpresa. Víctor Manuel III, que no aceptó su dimisión pocos días antes, rechaza también ahora la firma del decreto y encarga a Salandra la formación de un nuevo gobierno. Salandra ofrece cuatro ministerios a los fascistas como medio de resolver la crisis, que, naturalmente, no aceptan. Sin encontrar solución alguna, y ante las presiones de los grupos económicos (Confindustria, Confagricultura, Asociación Bancaria), que le advierten que la única solución es la fascista, al día siguiente delega su encargo ante el rey, Víctor Manuel III manda entonces llamar a Mussolini, que ha permanecido en Milán a la expectativa de los acontecimientos, y le encarga de formar el gobierno. El cataclismo no se ha producido. La letra de la Constitución se ha respetado. Pero el duce, antes de abandonar Milán, ha dado la orden de que al día siguiente no salgan los periódicos que pudieran atacarle, y al mismo tiempo ha mandado a sus escuadras que

ocupen Roma. Es el 30 de octubre de 1922. El socialista furibundo de Predappio ha obtenido el poder.

En contra de lo que pudiera parecer, el primer gobierno formado por Mussolini no es un gobierno homogéneo. Solamente tres fascistas y un nacionalista (Fedorzini), forman parte del mismo. La razón no es casual. Si la marcha sobre Roma se ha realizado impunemente, ello no significa que la generalidad de la opinión esté con el fascismo. Los grupos de activistas no constituyen la representación de un país, y para gobernar legalmente, sin destruir el aparato constitucional del Estado, se necesita esa representación. Esto lo sabe perfectamente Mussolini, y puesto que ha llegado al poder por la vía de la legalidad (aunque haya sido bajo la amenaza de la violencia), no quiere ahora destruirla. Su deseo es el de asegurarse la confianza del parlamento, con el apoyo del elemento conservador. Otra cosa sería suicida. El parlamento no se nutre de una mayoría fascista y su única oportunidad de mantenerse es, por ello, la de ganárselo hábilmente. Su juego ahora también es doble: por un lado, amenaza con la violencia de los jóvenes camisas negras. Por otro, muestra la voluntad y el anhelo de respetar la legalidad. Por fin, el 17 de noviembre, el parlamento le otorga su confianza con 306 votos a favor, 116 en contra y 7 abstenciones.

No obstante, el triunfo no le hace olvidar que no se trata de una Cámara perfectamente domesticada y servil. En ella continúan los representantes de los clásicos partidos, de los que, si bien ha obtenido una mayoría actualmente, no por ello ha conseguido ninguna garantía de futuro. De este modo, resulta consecuente que sus primeras intenciones vayan encaminadas a lograr una ley electoral nueva que le permita adueñarse del parlamento como antes se adueñó del gobierno. La nueva ley electoral, preparada hábilmente por su amigo Acerbo, se aprueba el 15 de julio de 1923. El 25 de enero de 1924 disuelve el parlamento y el 6 de abril se celebran elecciones. Los viejos partidos políticos vuelven a estar representados, pero ya en minoría. Mussolini, dueño y señor del gobierno, pasa a ser dueño y señor del parlamento.

Sin embargo, en su carrera hacia el poder total habrá de topar aún con un obstáculo grave. El 30 de mayo, la atmósfera en Montecitorio (sede de la Cámara) es evidentemente borrascosa. Se habla de una moción presentada por Matteoti, Labriola y otros, en la que se pide, nada más y nada menos, que la anulación de las elecciones. Matteoti no es un hombre que se deje amedrentar fácilmente. Acaba

de publicar un libro que se titula “Un año de dominación fascista”, donde se recogen los crímenes cometidos y donde se citan los escritos radicales y revolucionarios del joven Mussolini, que ahora se pretenden olvidar. La sesión comienza con un discurso de Matteoti enérgico y decidido, que es interrumpido varias veces. El 10. de junio, “El Pueblo de Italia”, que ahora dirige el hermano del duce, Arnaldo, coloca en grandes titulares la siguiente frase: “La mayoría ha dado prueba de una tolerancia excesiva, en relación con el discurso de Matteoti.” En la sesión del 4 de junio, Matteoti vuelve a insistir en sus argumentos. Al terminar de hablar, se dirige a sus compañeros y les dice: “Y ahora podéis preparar mi funeral.” En efecto, a la sesión del 10 de junio ya no asiste. El 11 de junio es encontrado asesinado a 23 kilómetros de Roma.

La conmoción que produce el asesinato es evidentemente profunda. Muchos fascistas rompen su carnet del partido. Los periódicos de todas las tendencias denuncian con dureza el hecho. Las acusaciones recaen sobre Mussolini de una forma unánime e implacable. Su autodefensa no convence a nadie. “Sólo un gran enemigo mío —dice— que durante largas noches se hubiese dedicado a pensar algo diabólico contra mí, podía efectuar este delito que hoy nos llena de horror y nos arranca gritos de indignación.” Durante varios meses, su situación es delicada. Pero el paso del tiempo va haciendo olvidar el caso Matteoti. El 13 de enero de 1925, Mussolini pronuncia un discurso ante la Cámara, pleno ya de confianza en sí mismo: “Señores —dice—, el discurso que voy a pronunciar ante ustedes no podrá ser llamado, en el rigor de los términos, un discurso parlamentario. Declaro aquí, en presencia de esta Asamblea y en presencia de todo el pueblo italiano, que yo solo asumo la responsabilidad política, moral, histórica de todo cuanto ha sucedido. Si el fascismo no ha sido más que el aceite de ricino, y no, en cambio, una soberbia pasión de la mejor juventud italiana, mía es la culpa. Si el fascismo ha sido una asociación de delincuentes, yo soy su jefe..., etcétera.” Al mismo tiempo, las milicias fascistas —creadas el 15 de diciembre de 1922, y que constituyen una especie de guardia pretoriana— son pródigas en atentados a los enemigos del régimen. Alfredo Rocco, el gran jurista del fascismo, prepara por su parte las leyes de “defensa del Estado”. En 1926, su obra estará consumada: se suprimen los partidos políticos, se crea un servicio especial de investigación política: la OVRA (Organización voluntaria para la represión del antifascismo), se establece el Tribunal Especial

para la defensa del Estado, cuyos miembros son elegidos directamente por Mussolini; se autoriza el confinamiento por simples decisiones administrativas y sólo por la sospecha de la intención de delinquir, etcétera. En una palabra, se suprime todo el sistema de libertades y garantías constitucionales. Los antifascistas que no han podido abandonar Italia comienzan a conocer los rigores de la prisión o el confinamiento. Lípari, Ponza, Ventotene suelen ser sus lugares de destino. La dictadura que Mussolini había anunciado en más de una ocasión ha pasado a ser una triste y desoladora realidad.

### 10. *La ideología: El duce*

El 27 de junio de 1921, Mussolini enviaba a Bianchi una carta realmente sorprendente: “El fascismo italiano —decía— necesita ahora, so pena de muerte, o peor aún, de suicidio, proveerse de un ‘cuerpo de doctrina’. Esta expresión es más bien fuente. Pero yo desearía que la filosofía del fascismo fuera creada antes de dos meses, para el Congreso Nacional.” Ni que decir tiene que esa filosofía tan anhelada no se pudo improvisar tan rápidamente. Cuestionable sería incluso el hecho de si, a pesar de los esfuerzos de los Gentile o los Rocco por constituirla, no llegó a existir nunca, hablando propiamente, una filosofía política fascista. No es esta la ocasión propicia para discutir este tema, como tampoco para exponer los supuestos estructurales e institucionales del nuevo Estado corporativo creado por Mussolini, ya que a efectos biográficos constituyen problemas marginales. Ahora bien, hay un punto que resulta obligado tratar y que no se puede pasar por alto: la mitificación del jefe, el ensalzamiento del héroe, la creación de la figura del duce.

El 29 de marzo de 1925, en un congreso de intelectuales fascistas, al que asistieron 250 personalidades, se forja un Manifiesto en el que, aparte de otras proclamaciones retóricas, se afirma el carácter religioso del fascismo. Más que de una doctrina política se trata de una fe, de un culto en el que los saludos romanos, las concentraciones multitudinarias, los uniformes y las grandes paradas militares forman parte de su liturgia. Pero como nueva mística necesita una divinidad que la encarne, un héroe a quien seguir, una personalidad egregia a quien obedecer. Surge así la figura del duce como animador de toda esta coreografía y como conductor de un pueblo de nobilísimas tradiciones que se había quedado sin moral y sin destino.

Un “slogan” publicitario de la época, debido al parecer al periodista Leo Longanesi, y que aparecía en todos los lugares, rezaba del siguiente modo: “Mussolini siempre tiene razón.” No es nada extraño, por tanto, que el lema fundamental del régimen, que resume toda su filosofía, se redujera a tres palabras: “Crear, obedecer, combatir.”

A decir verdad, la divinización de Mussolini no fue obra de un día. Se debió a un proceso lento en el que concurrieron varios factores. De una parte, el elemento conservador, tanto italiano como extranjero, que veía en Mussolini una fuerza inexorable y segura frente a las organizaciones políticas de izquierda, y se prestaba gustosamente al juego, sin escatimar elogios ni alabanzas para él. El arzobispo de Canterbury diría que “Mussolini es la única figura gigantesca de Europa”. Y el propio Churchill, el 18 de febrero de 1933, en la Queen’s Hall, en Londres, donde se celebra el XXV aniversario de la liga antisocialista, declara: “El genio romano personalizado en Mussolini, el más grande legislador viviente, ha demostrado a muchas naciones que se puede resistir a la ascensión del socialismo, indicando el camino que una nación puede seguir cuando es valerosamente conducida.”

Por otra parte está el propio Mussolini, sería injusto no reconocerlo, que es un hábil manipulador de masas, envidiable actor y celoso propagandista de su propia persona. Ya desde el momento en que el rey le encarga de formar gobierno, hace que en los periódicos aparezca diariamente, con el título de la “Jornada de Benito Mussolini”, una relación laudatoria de sus actividades, que ensalce su enorme capacidad de trabajo. Desde entonces no desperdicia ocasión alguna que sea propicia al efectismo, al golpe de teatro. a partir de 1929, su escenario habitual es el palacio de Venecia. Desde allí se dirige normalmente a las masas, que, frenéticas, le aplauden, pero a las que en el fondo desprecia. “Las masas —declara en los Coloquios de Ludwig— necesitan temer. Las masas aman a los hombres fuertes, como las mujeres. Son femeninas.” No obstante, sabe que, aparte de temor, las masas necesitan también leyendas, gestos heroicos, mitos increíbles, y él es pródigo en concedérselos en una grandiosidad rayana en lo grotesco. Para dejar constancia de su condición de trabajador infatigable, la luz de su habitación del palacio de Venecia queda encendida toda la noche, mientras él, tranquilamente, duerme. Para no tener que usar gafas al leer sus discursos, lo que pudiera delatar una cercanía a la senec-

tud, se ha hecho construir una máquina de escribir con tipos de letras tres veces superiores al normal. Zangrandi cuenta que en una ocasión, y antes de comenzar un discurso, una voz estentórea gritó entre la multitud: “duce, sonríenos”, a lo que el duce respondió con una espléndida sonrisa.

A todo ello habría que añadir la propaganda oficial que le presenta como el prototipo del hombre universal, que es filósofo, historiador, capaz de pronunciar una conferencia sobre “El Imperio romano y el mar”, como de pilotar un avión o tocar el violín. Se crea una colección titulada *Mussolinia* que publica opúsculos de este tipo: “Las dos marchas sobre Roma: César y Mussolini”. Cuando a las tres grandes batallas de su política económica y social —la del grano, la de la lira y la del saneamiento de las tierras pantanosas— se añade la de la natalidad, el duce también aparece al frente de la misma. Acaba de tener lugar el nacimiento de su hijo Romano, y la organización fascista lo celebra “como la prueba evidente de una virilidad que sirve de ejemplo a todos los italianos”.

¿Hasta qué punto Mussolini, a fuerza de representar un personaje, llegó a creer en su propia leyenda? Italo Balbo, en 1934, sincerándose con Paolo Monelli, le decía: “Actualmente el Duce se cree un dios, ha perdido el contacto con el país y nadie puede hacerle entrar en razón.” A pensar así pudiera inducir también su preocupación constante por el cuidado de su aspecto físico: observa una dieta regular, practica el deporte, hace esgrima... etcétera. Sin embargo, y a pesar de todo, a pesar de que Alfredo Rocco le haya repetido muchas veces que “somos un ejército de creyentes y no una masa de asociados”. Mussolini está consciente de que por detrás de las delirantes aclamaciones de los miembros del partido hay unas masas soterradas y ocultas que le odian. Sufrió primero el atentado de Violet Gibson, después el de Zamboni, luego el de Miguel Schirru, más tarde el de Sbardellotto, que no le han permitido olvidar la realidad tan fácilmente. Y porque no la ha olvidado, hace que su olimpo se pueble de guardianes para los que tiene, sin duda, las máximas contemplaciones. El 2 de mayo de 1927, declara: “Señores, ha llegado el momento de decir que la Policía no debe sólo ser respetada, sino honrada. Señores, ha llegado el momento de decir que el hombre, antes de sentir la necesidad de la cultura, ha sentido la necesidad del orden. En un cierto sentido, se puede afirmar que el policía ha precedido en la Historia al profesor.” Mussolini se sabe un dios, pero rodeado de policías.

## 11. *Los años triunfales*

El período comprendido entre 1926 y 1940 marca el pleno apogeo de la aventura mussoliniana. Desde el comienzo de su subida al poder, Mussolini se da cuenta de que, a nivel personal, necesita, por lo menos a efectos propagandísticos, sistematizar su vida privada, borrar su pasado borrascoso, aprender buenas maneras, ya que sólo de este modo podrá llegar a tranquilizar a las clases dirigentes y a electrizar a las masas. Cuando en su primer gobierno se reserva la cartera de Asuntos Exteriores, empieza por recibir lecciones de protocolo y elegancia de un joven funcionario del ministerio. En el verano de 1923 hace bautizar a sus tres hijos: Edda, Vittorio y Bruno; y el 29 de diciembre de 1925 se dispone a contraer matrimonio religioso con Raquel. Fruto de esta actitud conciliatoria serían luego, a nivel público, los pactos de Letrán de 11 de febrero de 1929, por los que el gobierno italiano resolvía definitivamente el problema de las relaciones con el Vaticano, que venía rastreando desde la época del *risorgimento*.

Ni que decir tiene que su poder es absoluto. Nombra y sustituye a ministros como le place, y en más de una ocasión acumula para sí hasta ocho carteras ministeriales. Italia entera depende de él, y en buena medida se convierte en uno de los “grandes” de la política de Europa. “Es ésta —exclama con orgullo en Cuneo, el 24 de agosto de 1933— la Italia fascista que se acerca a la mitad del siglo XX como la única nación que tiene una palabra de doctrina, de salvación y de vida para comunicarla a todos los pueblos civilizados de la Tierra”. El *führer* aún no ha llegado a su cenit, admira a Mussolini y le toma como modelo, mientras el duce le desprecia. El 14 de junio de 1934, cuando ya Hitler es canciller del Reich, celebran su primera entrevista en Venecia, en la que el duce humilla con su boato la normalidad anodina del dictador alemán. Pocos días más tarde confesaría incluso a los fascistas de Forlì que: “En lugar de hablarme de problemas actuales, Hitler me ha recitado de memoria su *Mein Kampf*, ese tremendo rollo que jamás he podido leer.” Y el 25 de julio aparecería en “El Pueblo de Italia”, esta tremenda frase: “¿Qué son los nazis? Asesinos y pederastas.” Es la época de las buenas relaciones con Francia e Inglaterra, que habían permitido la firma del pacto de Venecia (7 de junio de 1933), por el que se aseguraba la paz en Europa.

Sin embargo, faltaba ya poco para que empezaran a delimitarse claramente los frentes políticos. El 2 de octubre de 1935, Mussolini

emprende su primera gran campaña imperialista: es la guerra con Etiopía. El 5 de mayo de 1936, los italianos entran triunfadores en Addis Abeba. En la Sociedad de Naciones, cincuenta Estados votan la aplicación de sanciones económicas a Italia con motivo de la agresión. Alemania, por el contrario, la ayuda en lo posible. Hitler y Mussolini comienzan a caminar juntos. Las visitas entre los jefes nazis y fascistas son continuas. Como animador de esta política de entendimiento aparece Galeazzo Ciano, yerno del duce y héroe de la guerra de Abisinia, que a los treinta y cuatro años acaba de ser nombrado ministro de Asuntos Exteriores. A partir de entonces, las alabanzas recíprocas entre los dos dictadores son constantes. Mussolini reconocerá en Hitler al hombre providencial del mundo, mientras Hitler proclamará enfáticamente de Mussolini: “He aquí uno de los hombres únicos que no son creaciones de la Historia, sino que hacen la Historia.”

El 10. de noviembre de 1936, en un discurso en Milán, el duce encuentra una expresión feliz, que luego se haría histórica, para definir estas relaciones cordiales: “La vertical Berlín-Roma —dice— ya no es un simple diagrama, sino más bien un EJE en torno al que pueden estrecharse todos los Estados europeos.” La decisión de correr un destino común ha sido ya tomada de una manera inexorable. En septiembre de 1937, Mussolini visita a Hitler en Berlín y se ratifica en sus convicciones profundas: “Cuando el fascista —exclama— tiene un amigo, marcha con él hasta el final. Las dos democracias más grandes y más auténticas que existen hoy en el mundo son Alemania e Italia. Mañana toda Europa será fascista.”

Esta vinculación con Hitler habrá de servirle para poder presentarse, todavía en septiembre de 1938, como el gran factor y animador de la conferencia de Munich, en la que Alemania, Italia, Francia e Inglaterra acuerdan una venturosa paz para el futuro de Europa. Mussolini ha alcanzado su máximo prestigio internacional. A su vez, en el orden interno, está en el cenit de su poder. Ha silenciado todo grito de oposición al régimen y se ha nombrado, a sí mismo, primer mariscal del imperio. Por si esto fuera poco, en un encuentro casual, ha conocido a Claretta Petacci, casada con el teniente de aviación Frederici, que, atraída por su magnificencia y su poder, se hace su amante sincera y reverente.

## 12. *El principio del fin*

Pero en el horizonte aparecen los primeros nubarrones que preconizan un futuro incierto. Ya pocos días antes de la conferencia de Munich, Mussolini había confiado a Ciano: “Solamente un país vil, obscuro e insignificante puede ser democrático. De Francia e Inglaterra sólo nos puede venir podredumbre.” Y pocas horas antes de las reuniones, el führer declaraba al duce: “A pesar de todo llegará el momento en que tengamos que combatir juntos contra Francia e Inglaterra.” La guerra, de un modo u otro, se presentía como inevitable.

Por otro lado, la influencia alemana lleva a una radicalización del fascismo absurda e impropia. El 14 de julio de 1938, diez conocidos profesores publican el “Manifiesto de la raza”. El 10 de noviembre se consagra la legislación antisemita. Hombres notables, como el físico Enrique Fermi, se ven obligados a abandonar Italia. Muchos católicos que con complacencia contemplaron la ascensión de Mussolini, comienzan a retirarle su fervor.

Nada, sin embargo, parece importar al duce, que ve en la guerra “el modo de cambiar el mapa del mundo” y extender su poder. Respecto a la actitud de la Iglesia, tampoco se inmuta. “Estoy dispuesto —le dice a Ciano— a arremeter contra los curas”, y añade: “Esto no presenta ninguna dificultad, ya que el pueblo italiano no es religioso, es solamente supersticioso.”

Las dificultades empiezan realmente cuando el 1o. de septiembre de 1939 Hitler decide, por su cuenta, el ataque contra Polonia. La guerra ha comenzado. Italia, que el 22 de mayo de 1939 ha ratificado con Alemania el Pacto de Acero, por el cual las acciones bélicas de un país comprometen al otro, tendría que pasar inmediatamente a ser beligerante. Sin embargo, el duce espera, teme, vacila. Ha consultado a sus jefes militares sobre el estado del ejército, y la situación no puede ser más lamentable. El mito del “gran ejército fascista” se derrumba por completo. Los fusiles siguen siendo del modelo 91, los carros de combate son ultraligeros (las llamadas “latas de sardinas”), la aviación dispone de 700 aviones modernos. pero no todos son capaces de volar: de las 73 divisiones que se elencan sobre el papel, sólo 37 pueden movilizarse y armarse debidamente. Por otro lado, la población no es partidaria de la guerra. En diversas ciudades se intentan manifestaciones y se oyen gritos contra Alemania. Mussolini se da cuenta de que permanecer neutral es lo razonable. A ello le invitan, además, las lógicas propuestas

del Papa, Roosevelt, Churchill, Daladier. Pero, por otra parte, está consciente de que la neutralidad niega toda su trayectoria política, y se ve impulsado a la beligerancia. “Los italianos —dice—, después de haber escuchado durante dieciocho años mi propaganda guerrera, no podrán explicarse cómo yo puedo ahora —con Europa en llamas— convertirme en heraldo de la paz.” Su resolución, su firmeza, su decisión de otros tiempos parece que han desaparecido. Los grandes jerarcas del fascismo —Balbo, Bottai, Ciano, Bocchini— comienzan a preguntarse si no existirán motivos patológicos en la conducta del duce, que un día proclama una cosa para afirmar al siguiente la contraria. “No estaría de más que se hiciera una nueva cura antisifilática seria”, llega a decir Bocchini.

Por fin, después de más de nueve meses de angustiosa espera, deslumbrado por las victoriosas campañas alemanas, y deseoso de poder recoger una parte del botín, Mussolini toma partido. El 10 de junio de 1940, desde el balcón del palacio de Venecia, se dirige a la muchedumbre que lo aclama:

“Vamos a la lucha contra las democracias plutocráticas reaccionarias de occidente que, en todo momento, han obstaculizado la marcha y, a menudo, atacado la propia existencia del pueblo italiano. Empuñamos las armas para resolver, por un lado, el problema de nuestras fronteras marítimas. Queremos romper las cadenas de orden territorial y militar que nos oprimen sobre nuestro mar, ya que un pueblo de 45 millones de habitantes no es verdaderamente libre si no tiene libre acceso al océano.”

El 20 de junio, mientras los franceses piden el armisticio, Mussolini da la orden de avanzar sobre los Alpes. Las primeras jornadas de la guerra son de euforia. El duce quiere emular al führer en su capacidad belicosa. A los frentes de Europa pronto se sumarían los de Africa. Desde Libia hacia Egipto y desde Etiopía hacia Somalia y Sudán parten las tropas italianas, mal preparadas y mal avitualladas, hacia una auténtica aventura militar. Hacer la historia entera del conflicto equivaldría a hacer la historia de una decadencia. Los éxitos rotundos como el de Alejandría, donde se traslada el propio Mussolini para participar solemnemente, metralleta en mano, en la entrada en la ciudad, se ven acompañados por las continuas e inexorables derrotas. Primero O'Connor, después Montgomery y Auchinleck, serán quienes marquen el sentido adverso de las campañas africanas. Una a una van cayendo las plazas ocupadas. Por último le tocaría la suerte a Trípoli. Aparecen los comen-

tarios mordaces. A la conquista de Libia se había opuesto Mussolini en 1911, y por ello había sido encarcelado. Ahora Bottai, uno de sus adeptos, afirma con reticencia durante una comida: “En el fondo es otra meta lograda. Mussolini, en 1911, pronunció el ‘Fuera de Libia’. Después de treinta y dos años lo ha mantenido.”

Por otra parte, en la península, la situación no puede ser más lamentable. A los bombardeos de Génova, Nápoles, Milán y Turín, que hacen mella en la moral de la población civil, habría que añadir la miseria, el hambre, el desconcierto que se observan por todas partes. En los comienzos de 1943 surgen las primeras protestas populares. En marzo se declara una huelga en Turín en la que participan cerca de 100,000 obreros. Las clases dirigentes empiezan a pensar, en colaboración con el rey, en la posibilidad de prescindir de Mussolini, quien, a su vez, contempla cómo la suerte le vuelve la espalda. 1940 a 1943 constituye, sin duda, el proceso de su derrumbamiento. Incluso físicamente se ha precipitado en el abismo. Ha adelgazado, empalidecido, sufre dolores a consecuencia de una antigua úlcera de estómago que le obliga a observar una dieta rigurosa, y que se recrudecen en la medida que los acontecimientos le son adversos. Como único solaz tiene a Claretta Pettacci, a quien ve diariamente. La relación es ya casi oficial. Todos la conocen, excepto su mujer: Raquel.

El 5 de mayo de 1943, cuando África está ya perdida, Mussolini pronuncia su último discurso desde el palacio de Venecia:

“Yo sé —dice—, yo siento que millones y millones de italianos sufren un mal indefinible que se llama el mal de África. Para curarlo no hay más que un medio: volver; y volveremos.”

Se trata de un último gesto que ya no tiene sentido. El 10 de julio de 1943, los aliados desembarcan en Sicilia. La Italia imperial y dominadora soñada por el fascismo se ve ahora amenazada en su propio territorio nacional.

### 13. *La caída y la república social de Saló*

El capitalismo italiano que desde el primer momento propició la aventura de Mussolini y que, viendo en la guerra un buen negocio, colaboró activamente para evitar la neutralidad, será también el primero que, ante el sesgo que toman los acontecimientos, cambie de orientación. El fascismo es una nave que hace agua y que hay que abandonar. El 19 de junio —antes, pues, del desembarco

aliado en Sicilia —, el conde Cini, el gran industrial que forma parte del gobierno, presenta al duce su dimisión proponiendo, al mismo tiempo, la iniciación de negociaciones con los aliados. Mussolini, sin embargo, es tajante: “Italia —dice—, no tiene más que una alternativa: vencer o caer al lado de Alemania.” Pero no se da cuenta que el triunfo total o el fracaso total son palabras altisonantes y retóricas que a nadie satisfacen. Su condición de hacedor de la historia va a quedar ahora precisada en sus justos límites, en lo que realmente fue: un simple instrumento en manos de fuerzas extrañas que supieron utilizarle sabiamente como medio de defensa de sus propios intereses. Tras la caída de Sicilia, el duce es un personaje que ya no interesa. Y surgen, inevitablemente, las conjuras contra él.

El 16 de julio de 1943, quince jerarcas del régimen, entre los que se encuentran Grandi, Ciano, Bottai, Fedorzini, se presentan en el palacio de Venecia para requerirle que convoque al Gran Consejo del Fascismo. Mussolini se ve obligado a acceder. Las reuniones comienzan el día 24. De lo que se trata básicamente, es de discutir y votar un “orden del día” propuesto por Grandi en el que, para salvar al fascismo, que se presenta como revolución traicionada, se pretende privar al duce de sus omnímodos poderes. La atmósfera de la reunión está cargada de una tensión extrema. “Quítate del gorro —acusa Grandi— esa ridícula doble greca que estúpidamente te has atribuido y vuelve a lo que, en verdad, eres: el jefe de un partido político y el primer ministro del rey. La dictadura ha matado a la revolución, ha matado al fascismo, y una fractura insalvable se ha ido produciendo, poco a poco, entre el fascismo y la nación, entre el fascismo y el pueblo italiano.” Mussolini reacciona débilmente. Se siente solo y se limita a exclamar: “Tengo sesenta años. Después de todo puedo decir que estos veinte años han constituido la aventura más hermosa de mi vida.” El orden del día de Grandi es, finalmente, aprobado por diecinueve votos a favor, siete en contra y dos abstenciones. Por un momento se piensa que al devolver los poderes militares al rey, éste se encuentra en condiciones de poder negociar la paz con los aliados. Mussolini, en adelante, sería el simple jefe de un partido político y nada más.

Sin embargo, el rey, quien durante el tiempo de preparación de las sesiones del Gran Consejo del Fascismo no ha permanecido inactivo, va a ir mucho más lejos en sus decisiones que los acuerdos tomados en el palacio de Venecia por aquél. Con el apoyo y la cola-

boración de los altos mandos del ejército — Ambrosio, Roatta, Badoglio, Castellano, Carboni —, ha estimado que, ante la gravedad de la situación, la única solución propicia es acabar con el fascismo destituyendo a Mussolini. La fecha prefijada es el 26 de julio, que es el día en el que, oficialmente, debe despachar con él en su residencia. Los acontecimientos se precipitan porque Mussolini adelanta su audiencia para el día 25. Al salir de la entrevista, en los jardines del palacio real un capitán de carabineros se acerca y le dice cortésmente:

“Su majestad me ha ordenado proteger vuestra persona.”

El que hacía unos momentos era dueño y señor de Italia, es conducido en una ambulancia al cuartel de carabineros de Via Quintino Sella, de Roma.

Mientras tanto, un comunicado oficial transmitido por radio conmueve al país. Dice así: “Su majestad el Rey acaba de nombrar como jefe del gobierno, primer ministro y secretario de Estado, al mariscal de Italia Pietro Badoglio.”

El pueblo se lanza a la calle. Se destruyen las estatuas de Mussolini, se queman sus imágenes. Los gritos contra el fascismo se oyen por doquier. Los jerarcas fascistas tienen que esconderse para salvar la piel. La embajada alemana se convierte, como diría el coronel de las SS, Dollmann, en una agencia de viajes.

Esta euforia se verá, no obstante, sorprendida por un hecho inminente y duro que, insensiblemente, se ha olvidado: la guerra, a pesar de todo, continúa. En el sur, los aliados acaban de tomar Trapani y Palermo. Por el norte los primeron convoyes tudescos pasan el Brennero. Dos divisiones de SS avanzan en orden de combate. El ejército alemán va a proceder a la ocupación de Italia, y la gran tragedia comienza a desarrollarse.

El 27 de julio, Mussolini es trasladado a Gaeta. De allí pasa a la isla de Ponza —cruel ironía del destino— que fue el lugar preferido por él para el confinamiento de sus enemigos. El 7 de agosto es conducido a la isla de la Magdalena. Por fin, el 26 de agosto, un avión de la Cruz Roja lo lleva, definitivamente, al Gran Sasso, un lugar inexpugnable al que sólo se tiene acceso a través de un funicular. Mussolini se aloja en el hotel de Campo Imperatore bajo la vigilancia de 250 carabineros.

Durante ese tiempo, Hitler invade prácticamente toda Italia. Por su parte, el rey y el nuevo gobierno Badoglio, que no se sienten seguros en Roma, y han trasladado su residencia a Brindisi, entablan negociaciones con los aliados por mediación del general Cas-

tellano. El 8 de septiembre se anuncia la rendición incondicional del gobierno Badoglio. La radio da escuetamente la noticia: "Reconocida la imposibilidad de la lucha, el gobierno italiano ha pedido un armisticio al general Eisenhower. La petición ha sido aceptada. Debe cesar todo acto de hostilidad contra las fuerzas angloamericanas por parte de las fuerzas italianas."

Pero la declaración de paz es acogida sin entusiasmo. Italia está en este momento en poder de los alemanes y la guerra continúa. Ahora bien, Hitler se da cuenta de que necesita a Mussolini para agrupar nuevamente en torno a él los residuos del fascismo, que ha iniciado un proceso de descomposición alarmante. El 12 de septiembre de 1943, el coronel de las SS, Otto Skorzeny, consigue hacer aterrizar su aparato a 200 metros del hotel de Campo Imperatore, donde, en el inexpugnable Gran Sasso, se hospeda Mussolini. Tiene la orden de liberarlo a toda costa. La operación se realiza sin resistencia por parte de los carabineros encargados de su custodia. Mussolini aparece pálido y envejecido. Solícitamente agradece a Skorzeny su gesta y le ruega que le conduzca a su residencia particular de la Rocca delle Caminate. Está consciente de que su carrera política ha concluido y quiere descansar. Pero las órdenes de Skorzeny son claras y categóricas: debe conducirlo a la base aérea de Pratica di Mare. De allí partirá con dirección a Alemania, donde el führer le espera anhelantemente. El 15 de septiembre, la agencia alemana DNB anuncia que Mussolini —acaso contra su voluntad—, ha tomado otra vez la dirección del fascismo en Italia.

Siervo, ahora, de los alemanes y alentado quizá por la existencia de un arma poderosísima y secreta, de que le ha hablado Hitler, y que en pocos días será capaz de cambiar el curso de la guerra, recobra pronto su capacidad demagógica y teatral. El 18 de septiembre se dirige, desde Munich, por radio, a la nación italiana y entre otras cosas dice:

**"Camisas negras, italianos e italianas:**

Después de un largo silencio os envío mi voz que estoy seguro habréis de reconocer... La palabra fidelidad tiene un significado profundo, inconfundible y eterno en el alma alemana. La misma dinastía (de Saboya), durante todo el período de la guerra, habiéndola incluso el Rey declarado, ha sido el agente principal del derrotismo y de la propaganda antialemana... Ha sido el Rey quien, con su gesto, ha creado para Italia una situación de caos, de vergüenza y de miseria... Es preciso destruir las plutocracias parasitarias y

hacer del trabajo, finalmente, el sujeto de la economía y la base principal del Estado.

...¡Campesinos, trabajadores, obreros! El Estado que hemos de crear será el vuestro.”

Su discurso ya no engaña a nadie. El duce pasa a ser una simple figura decorativa que el nazismo emplea para justificar su ocupación de Italia y, en la medida de lo posible, evitarse problemas. De 1943 a 1945, desde las orillas del lago de Garda, donde Hitler —por su cercanía a Alemania— fija la residencia del nuevo gobierno de la recién creada República Social de Saló, Mussolini se tendrá que limitar a contemplar la marcha de los acontecimientos. Se trata de una historia lamentable en la que aparece como nominal protagonista pero en la que ya, de hecho, no participa como actor.

La creación de la República Social de Saló convierte a Italia en impresionante campo de batalla. Por un lado, en los frentes regulares, las tropas aliadas combaten con las alemanas disputándose palmo a palmo y kilómetro a kilómetro, la geografía peninsular. Por otro, en la retaguardia, surgen las formaciones de partisanos que, en los campos y en las ciudades, se empeñan en una lucha a muerte con las milicias nazis y fascistas. Mussolini se siente amenazado por todas partes. Acusa a los jefes que le obligaron en Roma a convocar el gran consejo, como culpables de la catástrofe que se presiente inevitable. El 8 de enero de 1944 son juzgados y condenados a muerte como traidores, en el célebre proceso de Verona, Ciano, De Bono, Marinelli, Pareschi, Gottardi, Cianetti. Pero su venganza no arregla nada. De día en día las organizaciones partisanas aumentan sus contingentes humanos, con gentes a veces anodinas, inesperadas, que se sienten incapaces de sufrir el régimen de terror que las SS han implantado. No confía en sus propios soldados. Y él, dictador omnipotente en otro tiempo, se ve obligado a escribir suplicante a Rahn —jefe de operaciones nazi en Italia— frases de este cariz: “Os ruego vivamente que dediquéis unos minutos de vuestro precioso tiempo para leer el documento número 7, sobre la situación de las bandas de partisanos.”

Mientras tanto, su hija Edda le desprecia y le acusa de asesinato por la muerte de su marido Galeazzo Ciano. A su vez contempla impasible las caravanas de medicinas, ropas y comida que parten diariamente hacia los Alpes, camino de Alemania, desde una Italia que se desangra en la necesidad y la miseria. No obstante, le quedan fuerzas para la más grotesca demagogia: “¡Camaradas —dice

en un discurso de Milán el 16 de diciembre de 1944—, la idea fascista no puede ser destruida. Millones de italianos, de mil novecientos veintinueve a mil novecientos treinta y nueve, han vivido la que podemos llamar epopeya de la patria. Estos italianos existen aún, sufren y creen aún, y están dispuestos a cerrar sus filas para reemprender la marcha y reconquistar lo perdido!”

Cuando Mussolini hablaba a los milaneses, sabía que noventa y cinco toneladas de oro de la banca de Italia habían pasado a engrosar las reservas alemanas. Y sabía además que Hitler, el 19 de noviembre de 1943, había declarado brutalmente: “Que seamos nosotros o los ingleses quienes bajemos los pantalones a los italianos, es lo mismo.”

#### 14. *La muerte del duce*

En el mes de marzo de 1945 el fin de la guerra se presiente cercano. En el norte de Europa los rusos se encuentran a menos de 100 kilómetros de Berlín. En Italia, las tropas aliadas han atravesado el Reno y avanzan inexorablemente hacia Milán. Por otro lado, las formaciones partisanas agrupan a más de 200,000 hombres.

Mussolini está consciente de que su suerte está echada. “Estoy acabado —confiesa a un periodista—. No me queda más que esperar el fin de la tragedia. Por ahora, más que actor me siento simple espectador de lo que sucede. Incluso mi voz me suena a falsa. Me he equivocado y pagaré, si es que mi vida puede servir de algo.” Es la confesión quizá más sincera que jamás ha realizado. Sin embargo, ama la vida y no está dispuesto a sacrificarla. Prefiere seguir jugando con la de los demás hasta el último momento, hasta que no quede posibilidad alguna de salvar la propia. El 7 de marzo pronuncia una alocución, ante 400 oficiales de su guardia, en la que dice: “Hemos prometido defender el valle del Po, ciudad por ciudad, casa por casa. Es una empresa sagrada que no olvidaremos y para la que es preciso preparar a nuestros intrépidos legionarios. Estoy seguro de que cada uno de vosotros sabrá llevar a sus soldados al combate. Tened presente que Alemania no puede ser derrotada. El fascismo no podrá ser eliminado de la historia.”

El 9 de abril los aliados se lanzan a la última ofensiva para ocupar las ciudades del norte. Encuentran el camino expedito por la acción de los partisanos y la colaboración de la población civil. Sucesivamente van cayendo Bolonia, Ferrara, La Spezia, Génova.

La República Social de Saló queda prácticamente reducida a Milán y sus alrededores. Mussolini que tiene establecido su cuartel general en Garñano (pueblecito en las orillas del lago de Garda), sueña con Pavolini en el reducto alpino de Valtellina, donde tres mil camisas negras se defenderán hasta la muerte. “De todos modos, en cualquier lugar —dice textualmente a Graziani— el fascismo debe caer heroicamente.” Mientras tanto, empero, manda a su hijo Vittorio a Milán para, a través del cardenal Ildefonso Schuster, entablar negociaciones con los miembros del Comité de Liberación Nacional. En el comunicado que presenta el hijo del duce se pregunta entre otras cosas: “Se agradecería saber la suerte que correrían los miembros del gobierno y cuantos han tenido funciones de mando en la República Social de Saló (arrestos, campos de concentración, exilio).” La respuesta no se conocerá hasta varios días más tarde. El 25 de abril se reúne en Milán, en su última sesión clandestina, el Comité de Liberación Nacional, en la que se acuerda, entre otros asuntos: “Que los miembros del gobierno fascista y los jefes del fascismo, culpables de haber contribuido a la supresión de las garantías constitucionales, de haber destruido las libertades populares, creado el régimen fascista, comprometido y traicionado los destinos del país conduciéndole a la catástrofe actual, serán castigados con la pena de muerte y, en los casos menos graves, con la de ergástulo.”

A pesar de todo, Mussolini se traslada urgentemente a Milán. Los aliados aún no han ocupado la ciudad. En el despacho del cardenal Schuster mantiene una entrevista con los representantes de la resistencia para discutir las condiciones de la rendición. Cuando el Comité de Liberación Nacional le hace saber que sólo admite la rendición incondicional, parte apresuradamente, seguido de las SS que lo escoltan, para Como. El desconcierto en los mandos fascistas es general. Soldados, camisas negras, los propios componentes de la guardia personal del duce han desaparecido. Suiza se presenta como única salvación.

El 26 de abril, Mussolini se dirige a Menaggio, donde, por su cuenta, llega también Claretta Petacci, quien quiere correr su propia suerte. En Menaggio la comitiva recibe la noticia de que los puestos fronterizos han sido ocupados por los partisanos y, por lo tanto, la entrada en Suiza es imposible. En la madrugada del día 27 se oye pasar una columna alemana, bien armada, de 28 camiones, que va también con dirección a la frontera. Mussolini, que inmediatamente se pone en contacto con el oficial que la manda, intenta un

último golpe de audacia, enrolándose en ella. Al llegar a Dongo, sin embargo, la columna es detenida por los partisanos que ocupan militarmente la carretera. Mussolini, quien se ha puesto un uniforme de soldado alemán para procurar pasar inadvertido, es descubierto.

Al día siguiente, el duce, Claretta Petacci y el resto de los jefes detenidos son fusilados. Es el 28 de abril de 1945. Posteriormente, sus cadáveres serían profanados por la multitud en un espectáculo macabro. Con la más horrenda de las violencias, termina así lo que veintiséis años antes había comenzado también con la violencia.